
HACIA UN LOCALISMO HUMANISTA

Puede conciliarse el amor a las cosas del terruño y el recuerdo enternecido de ciertas costumbres del pasado, con el ideal internacionalista y el afán de un mundo nuevo?

He ahí la pregunta que me han planteado algunos comentaristas de mi último libro de versos, "La Epopeya de la Ciudad", especialmente un redactor de *El País*, para quien mis "poemas montevideanos" marcan una rectificación del concepto de nacionalidad y patria en la ideología socialista, de acuerdo con una evolución que él cree advertir en todo el movimiento socialista después de la guerra.

Confieso que nunca, mientras escribía o pensaba mis cantos, me asaltó la sospecha de que cantar a mi ciudad natal—ni aun cuando fuese para exaltar un sentimiento de adhesión afectiva a su vida característica, más que para evocar con mayor o menor enternecimiento sus aspectos de ayer y hoy — fuese ponerme en posición contraria al sentimiento de confraternización universal expresado en la acción política del internacionalismo. Cuando un tema me inspira o me mueve, me entrego a él sin preguntarme cuáles podrán ser las consecuencias de mi canto con relación a la línea espiritual de mis opiniones militantes. Y no me pregunto jamás semejante cosa porque estoy seguro de que yo no podría cantar sino en consonancia con mis ideas, pues nada hay en mi corazón o en mi sensibilidad que deba ser rechazado por mis convicciones.

Bien podemos hacer de nuestras cosas, de las cosas de nuestro medio que son las que tene-

mos constantemente cerca de nosotros y por ello mejor sentimos, motivo y tema de inspiración artística sin que ello signifique reforzar prejuicios nacionalistas sino, desde luego, adoptar en arte un punto de vista humano, gracias al cual, la realidad circundante adquiere valor y virtud de venero estético y se incorpora con una vibración de vida vivida, al mundo ideal de nuestros sueños y concepciones.

El articulista que he citado cree que la actitud lírica en un militante del socialismo internacional, traduce un cambio de posición ante el problema de la nacionalidad y la patria. Le parece una manifestación de sentimiento patriótico reñida con aquel afán antiguo de "borrar las fronteras y hacer una única e inmensa patria común de toda la humanidad".

Pero, ¿cuando el internacionalismo ha significado insensibilidad para los afectos del terruño nativo y desdén o aversión para las cosas y seres del propio país?

¿Y por qué no ha de conciliarse el amor a esos seres y cosas, con el ideal de que se supriman las fronteras y se transforme el planeta en la patria única, indivisa, de todos los pueblos en que hoy se divide la población de la tierra? La concepción política de los Estados Unidos del mundo, ¿por qué ha de excluir el amor a la localidad en que se vive o se ha nacido?

Repetiré palabras que ya he escrito: "Para nosotros la humanidad vale más que la patria; pero amamos a la patria concebida como parte integrante de la humanidad, con un contenido concreto y biológico: el pueblo que en ella

alienta y que en realidad la forma y constituye”.

Algo debo decir aquí de la naturaleza de nuestro “patriotismo internacionalista” y de sus diferencias fundamentales e irreductibles con el patriotismo nacionalista, aunque abunde en conceptos que pertenecen ya al público dominio de las ideas circulantes y son el A. B. C. de nuestro ideario. Pero más me apremia e interesa dilucidar el problema de la influencia que una obra de arte realizada con elementos “locales” o nacionales puede ejercer sobre la mentalidad pública con respecto a las posturas del espíritu popular ante la cuestión de las patrias y el internacionalismo.

Es indudable que nada se presta más al enardecimiento del prejuicio nacionalista que la magnificación o idealización de las cosas “nuestras”: nuestras tradiciones, nuestras costumbres, nuestras glorias, nuestras gentes... Es el peligro de los regionalismos en arte. Una de las formas de encender o vigorizar la llama de la idolatría de lo nacional, de lo propio, de lo indígena, consiste en erigirlo en tema preferido de las evocaciones del arte, para idealizarlo y realzarlo con los prestigios de la realización estética. Por eso, cuantos ansían promover en el alma de las generaciones el fanatismo de lo nuestro, son partidarios fervientes del arte regionalista o nativista y lo estimulan proclamándolo única expresión genuina e inconfundible de nuestra vida intelectual. Pero si perniciosa es la explotación de lo regional para transformarlo en objeto de un culto exclusivista y anacrónico, error grave sería abandonar en manos de esa especulación patrioterica, el tesoro de emoción, de sugestión y de belleza disperso en la realidad de nuestro medio, como si sólo hubiese de servir para tal monopolio de estrecho nacionalismo.

Séame nuevamente permitido reproducir palabras mías que pronuncié en un discurso cuya versión taquigráfica conservo inédita y en el cual hube de exponer mis ideas sobre el regionalismo en poesía a propósito de los versos de Rosalía de Castro.

“Soy internacionalista, lo que quiere decir que anhelo la fusión de todas las patrias. Perseguendo ese ideal, los internacionalistas que-

remos, dentro de cada nación, preparar el espíritu humano para el advenimiento del acuerdo de todos los pueblos para la supresión de las fronteras. Pero esto no significa que nos desentendamos de amar a nuestra nación, aquella en la cual vivimos y a la cual nos ligan vínculos de afecto naturales que no deseamos destruir. Amamos a nuestra nación por lo mismo que no odiamos a ninguna; y en cuanto la identificamos con el pueblo que constituye su carne, su substancia viva, tratamos de servirla y engrandecerla, elevando las condiciones de su pueblo. Eso sí, no la ponemos por encima de la justicia y de la humanidad. Nos esforzamos porque la nación sirva al ideal de justicia y se concilie siempre con los altos intereses de la humanidad. Ese es nuestro patriotismo. Y como sentimos la nación a través del pueblo que la compone, no la concebimos como una entidad abstracta, cuyos intereses puedan ser otros que los del pueblo mismo. Nos explicamos el amor del hombre a la región donde ha nacido y ha pasado los años de su infancia y donde murieron sus padres y viven sus parientes. Eso nos parece un fenómeno natural, espontáneo, más explicable que el amor abstracto de un ciudadano o un súbdito a una de esas naciones modernas, que abarcan extensiones desconocidas y reúnen bajo una misma ley de solidaridad política, razas distintas y pueblos extraños entre sí, con diferentes lenguas y distintas costumbres.

.....

“Un patriota, en el sentido vulgar de la palabra, es un hombre que se cree obligado a darle la razón a su patria aunque no la tenga. Un regionalista suele ser también un hombre para quien nada hay en el mundo comparable a su región. El patriotismo de aquel patriota es erróneo y estrecho. Porque la patria no es infalible, y entre la patria y la justicia, si entran en conflicto, debemos estar con la justicia. El regionalismo de los fanáticos de su región es funesto. El buen regionalismo es el que sin dejar de ver la realidad tal como es y sin alentar inquina contra otras regiones, trabaja por el progreso de la suya, lo que no le impide apreciar el lado pintoresco y

poético de las cosas y costumbres de su lugar, de su aldea, de su país, si lo tienen. De ahí que el regionalismo literario, cuando se limita a buscar en las cosas regionales asuntos y fuentes de inspiración; cuando hace de ellas, elemento de evocaciones sentidas; cuando aprovecha para los fines del arte, el tesoro riquísimo de las costumbres, de los hábitos, de los sentimientos, de los modos de un pueblo, hace obra lícita e inofensiva, a más de vivamente interesante. No la hace, por cierto, cuando pretende con ello exaltar el culto por lo regional hasta el punto de inspirar aversión a las corrientes de progreso, que borran rasgos diferenciales y sustituyen las viejas costumbres típicas por otras de carácter universal; y menos aun cuando pone a unas regiones frente a otras."

Esa transcripción expresa el espíritu con que he encendido mi llamita de lirismo en el hogar ciudadano y en el sol que se tiende a lo largo de las calles de nuestra ciudad, para que le haga cosquillas la fuga del viento... Con ese espíritu he recordado hasta las gestas heroicas de una edad de bronce en que Montevideo estaba encerrado entre murallas de piedra y combatía y tronaba por la boca de cien cañones. ¿O es que la historia ha de ser también monopolio del nacionalismo, y vivirla un minuto ha de ser petrificarse en la adoración del pasado o prosternarse ante ídolos de patriotismo a toda costa?

Adviértase que ello no me ha impedido concebir a mi ciudad como "la de todos los mundos" y como "barrio del universo", ni señalarle su "destino humano" al evocar sus luchas por la emancipación en el gran concierto de la revolución americana.

De ahí no creo pueda resultar la vigorización de ningún prejuicio nacionalista. Como

no creo que mi actitud, al detener mis ojos sobre la vida de mi ciudad o de mi país, sea la de una vuelta de espalda al amplio panorama del mundo con sus horizontes infinitos. Las corrientes del mundo, que circulan por la vida de estas metrópolis rioplatenses, nos permiten movernos en su atmósfera sin aislarnos de la vida universal. Y aun cuando así no fuese, bien se puede percibir el aspecto artísticamente interesante de un rincón típico de la existencia colectiva, así como la sollicitación de un oculto y recóndito rincón del alma individual, sin que ello requiera excluir del propio espíritu la preocupación trascendente de la solidaridad profunda de los destinos humanos.

Yo no admito que al arte se le fijen límites deliberados. El arte, como el universo, sólo está limitado por sí mismo. Para mi espíritu, el interés de una obra de arte, depende de la fuerza con que exprese en símbolos y formas de belleza el más hondo sentido de humanidad. Interesarse sólo por el carácter típico y local de los aspectos de la vida, es, sin duda, reducir demasiado el campo visual y la esfera planetaria del arte. Ese es el pecado original del nativismo, o sea, la explotación sistemática de lo nativo para fines literarios. Pero nada más legítimo y artísticamente fecundo, a mi entender, que emplear los elementos puestos a nuestro inmediato alcance por la vida, para elevar, con ellos, nuestro propio edificio bajo el cielo inconfinado, el sol cosmopolita y el viento internacional...

Mi humanismo no encuentra nada que objetar a esa conducta lírica en cuanto ella tienda, no a reducir los dominios territoriales y humanos de la poesía, sino a aumentarlos con la exploración conquistadora de olvidadas o menospreciadas provincias.



EMILIO FRUGONI